

CINCO DISCURSOS

DE

S. E. EL JEFE DEL ESTADO

(BURGOS, 1 Y 2 DE OCTUBRE DE 1961)

DISCURSO EN LA PLAZA MAYOR DE BURGOS

Espanoles: Os habéis congregado en esta plaza Mayor de Burgos, cabeza de Castilla y cuartel general de la reconquista de nuestra Patria, para celebrar el vigésimoquinto aniversario de mi exaltación a la Jefatura del Estado, de aquel primero de octubre de 1936, en que echaron sobre mis hombros la pesada carga de libertar y dirigir a España, objetivo que he venido sirviendo con mi firme voluntad y esfuerzos en estos cinco lustros transcurridos desde entonces.

El hecho de que durante estos veinticinco años me hayan acompañado el amor y la confianza de los españoles, premia pródigamente los desvelos que haya puesto en servirlos.

En aquellas horas en que se conmovían las entrañas de la nación entera y las comarcas se alzaban en armas para defender su fe y las esencias de una Patria en ruinas; cuando riadas de jóvenes, con boinas rojas o camisas azules, afluían a los cuarteles a enrolarse en las filas de la Cruzada y muchos sucumbían en los baluartes heroicos de Madrid, Barcelona, Gijón, y de tantas provincias españolas; en los momentos en que las iglesias y conventos ardían en llamas y nuestros sacerdotes y religiosos pedían a Dios la protección para que la Patria se salvase, y una ola de crímenes, estimulados desde el Poder, arrasaba los centros de espiritualidad y de cultura; en la misma hora crítica en la que España se perdía a pedazos, recibía en mis manos el cuerpo exangüe de la Patria para salvarla y crear un Estado.

¡Cuánto sacrificio y heroísmo se acusaban en aquellos primeros meses de los albores de nuestra Cruzada, cuando madres y esposas, con decisión numantina, animaban a sus deudos para la lucha! ¡Cuántos heroísmos silenciosos en cárceles y checas bajo el terror comunista! ¡Cuántas ansias de libertad y de esperanza de que llegaran los ejércitos de la liberación y cuántos incluso de nuestros adversarios esperaban que nuestra victoria los liberase del yugo de sus tiranos y explotadores!

Cuando se mira a distancia lo que parece un sueño de pesadilla y se tiene delante esta otra realidad viva de los hombres y de las tierras de España encuadrados en sus organizaciones naturales, orgullosos del resurgir de la nación, se siente la íntima satisfacción de poseer las bases seguras del futuro de nuestra Patria.

Los problemas se presentaban en aquellas primeras horas a mi examen y resolución: el militar y el político. Ambos se mostraban como solidarios. De poco nos hubiera servido ganar la guerra si dejamos abandonada la solución del hondo problema político que la había causado: al mismo tiempo que para ganar la guerra, nos era indispensable forjar la unidad perfecta de nuestra retaguardia, decidir claramente el ideario por el que se combatía y llenar de contenido político el Movimiento liberador.

Todos aquellos movimientos espontáneos iban a fundirse así en el crisol de nuestra Cruzada, que con la Victoria nos había de permitir asentar nuestro Movimiento político.

Desde el primer momento me apercibí de la carga que se arrojaba sobre mis hombros. En el orden militar, la situación no podía ser más comprometida. Habíamos tomado Toledo y marchábamos sobre Madrid, pero al mismo tiempo una riada de voluntarios comunistas internacionales atravesaba nuestra frontera de Cataluña y acusaba la decisión de intervención del comunismo soviético en nuestra lucha. Sin oro y sin divisas, con la capital de la nación y las principales poblaciones y zonas industriales en poder de nuestros adversarios, teníamos que armar y sostener nuestro Ejército, ganar la guerra y levantar a España. En estas condiciones el Mando no podía ser apetitoso. Sólo un alto concepto del deber y la confianza en Dios y en la razón de nuestra causa hacía más grato el cumplimiento de mi deber.

No era lo más importante la situación militar, con ser tan básica y trascendente, pues constituía la especialidad de mi profesión militar. Lo que se me presentaba como más grave era el de acometer la gran empresa política. No bastaba la acción negativa de destruir un orden oprobioso que nos arrastraba al caos, sino que era necesaria la acción constructiva y, al tiempo que se combatía, concebir y crear un Estado, devolviéndolo la unidad, la paz y la

convivencia a una nación escindida y en trance de disgregación; el lograr que nuestra victoria fuese beneficiosa para todos. España no podría salvarse sin que renaciesen la fe y la confianza en el futuro, sin despertarla a una nueva ilusión.

En el fondo no era muy distinto el sentir de la gran mayoría de los españoles que formaban en los dos bandos. El divorcio de la mayoría de los españoles hacia la política y los partidos era general. El sentido católico de la vida, pese a las propagandas y coacciones, seguía predominando en la mayoría de los hogares. La grandeza de la nación a todos atraía y a nadie estorbaba. Los anhelos de una mejora de nivel de vida y de una más justa distribución de la renta habían sido un día ilusión general. El progreso económico de la nación, en que entonces tan pocos creían, a todos había de beneficiar. Lo que de tantos sentimientos buenos hacia una obra mala era el sistema político de los partidos en lucha, más atentos a sus pasiones y ambiciones que al bien público que pretendían servir. Había venido dominando el área nacional la explotación política de los politicastos, que convertían a los hombres en carne de cañón de sus sectarismos.

Tres puntos aparecían claros en nuestro horizonte: el espiritual, de la defensa de nuestra fe y del predominio de los valores del espíritu; el nacional, de salvar a la Patria en trance de disgregación y hacerla grande y rica en beneficio de sus hijos, y el social, de difundir la cultura y alcanzar una progresiva elevación del nivel de vida y una más justa distribución de la renta. Estas tres bases tan sencillas unieron a los españoles y dieron en los primeros momentos vida y rigor al movimiento liberador.

Desde los primeros momentos la ordenación política de la nación marchó paralela a la de las operaciones militares. En plena contienda se sentaron las bases de nuestro Movimiento político con el decreto de Unificación, la proclamación del Fuero del Trabajo y las leyes sucesivas que configuraron al Estado. Del acierto que nos acompañó es muestra el fervor nacional que, invadiendo a España, nos había de traer como fruto la victoria.

En esta gran obra constituyente que emprendimos había que extirpar las causas de nuestra decadencia política, acertar en una nueva forma que nos liberase de los partidismos políticos, recogiendo del pasado lo que mereciera salvarse y devolverle al pueblo español la ilusión y la esperanza de una nueva política. Satisfacer los anhelos legítimos del pueblo, poner los valores espirituales por encima de los materiales, pero asegurando a aquél, en la más alta medida, el progreso material y la justicia distributiva. Arrinconar para siempre

a los explotadores políticos; hacer la política más leal y sincera, haciéndola discurrir por los cauces naturales en que el hombre voluntariamente se encuadra. Sólo con la ayuda de Dios podía esto realizarse.

Que el comunismo internacional haya considerado nuestra guerra como campo propicio para apoderarse del reducto español y que la elevación del problema al ámbito internacional hiciese que muchas naciones tomaran partido, no resta la más mínima autenticidad española a nuestro Movimiento. Si en el campo rojo fueron necesarios los internacionales para encuadrar y sostener un Ejército que sin ellos se hubiera derrumbado, en el campo nacional nos sobraban hombres y los extranjeros sólo representaron la presencia simbólica a nuestro lado de países anticomunistas. El que al final de nuestra contienda tuviéramos sobre las armas en el Ejército nacional un millón doscientos mil soldados españoles y el que las nueve décimas partes de su armamento haya sido español o apresado a nuestros adversarios en el bloqueo marítimo y en los campos de batalla, es una prueba elocuente de lo limitado de la aportación extranjera.

Las diferencias internas europeas se reflejaban en los juicios que de nuestra guerra se hacían en el exterior. No éramos el primero ni el único país que, amenazado de descomposición, abría nuevos derroteros a su política, y muchos son hoy los que posteriormente se debaten en la misma angustia de alumbrar nuevas formas políticas más sinceras, eficaces y justas.

Esta afinidad en los propósitos y la coincidencia en la condenación de lo viejo por caduco e ineficaz, movió la malicia de los eternos enemigos de nuestra Patria para pretender identificarnos con otros países que, al haber alcanzado el cenit de su poder, habían producido un gran impacto en el concierto europeo. El que en aquella hora hubiera varios países que nos comprendieran y nos ayudasen fué la disculpa para que en el río revuelto de la posguerra universal se pretendiese identificarnos con los países vencidos, sin tener en cuenta nuestras características propias. Con las mismas razones podríamos nosotros tachar de comunistas a los países del Occidente que en la pasada contienda se aliaron con los soviets y contribuyeron grandemente a su poderío. Ni nuestra confesionalidad al constituir un Estado católico incompatible con totalitarismos materialistas nos salvó de la malicia ajena.

Por otra parte, no es extraño que no hubiéramos sido comprendidos desde el momento en que en España estábamos realizando una revolución de gran trascendencia para el orden político futuro, tan distinto de lo que en Europa se llevaba; que aún es hoy, en medio de nuestro resurgimiento y de una ejecutoria de veinticinco años, cuando todavía cuesta trabajo comprendernos.

Cabría decir que buena parte de los males que ahora aquejan al mundo son los mismos que hicieron presa en España con anterioridad, poniéndola al borde de su ruina y destrucción. Para nosotros eran experiencias agotadas lo que para los demás países eran cosas inéditas y por venir. Nos encontrábamos en la fila de vanguardia de las transformaciones históricas, dentro del mundo occidental, abriendo nuevas rutas y caminos.

¡Qué gran camino el hecho por España desde los días en que el comunismo contaba con dominar en nuestra Patria, desconociendo los recursos de heroísmo y de abnegación de nuestro pueblo!

Hay que recordar los términos estrictos de nuestra situación a la terminación de la Cruzada. De la victoria había surgido un poder nuevo e incontestable, que tenía el futuro ante sí, pero que no disponía de un solo antecedente válido para la organización del Estado de Derecho y de la vida pública. Las soluciones democráticas inorgánicas habían sido entre nosotros la causa misma de la tragedia que acabábamos de atravesar en forma indiscutible para todos los españoles y para cuantos conocieron minimamente su historia y nuestros asuntos. Las alternativas políticas que entonces nos ofrecía el mundo chocaban sustancialmente con las exigencias espirituales y de carácter de nuestro pueblo. Habíamos, pues, de prescindir de antecedentes y buscar en nuestras propias tradiciones las bases firmes para constituir un Estado moderno.

Ha sido en nosotros una imperiosa necesidad la que nos empujaba a la crítica y al análisis de los puntos débiles de la filosofía política dominante en los pueblos occidentales entre los que nos encontramos. A la democracia inorgánica que ellos practican, España opone la orgánica y representativa, entre las que la diferencia principal estriba en que si en la primera la representación se obtiene a través de las organizaciones artificiales de los partidos políticos, en la segunda lo es a través de los organismos naturales en que el hombre se encuadra. Y así como en la primera el candidato, una vez elegido, deja rota la comunicación con los electores, en la orgánica se mantiene el nexo durante todo el tiempo del mandato. Y mientras que en la inorgánica es fácil la conjura y el predominio de los intereses políticos sobre los generales de la nación y los representados, en la orgánica la relación directa de dependencia que mantienen no lo permite. Y si la liberal acaba fácilmente en el comunismo, en la otra se salvan los principios de la libertad sin caer en aquel peligro.

El que entre los dos sistemas que en el mundo se llevan, el capitalismo liberal y el materialista marxista, nosotros hayamos elegido un tercer camino, no es razón para que se nos hostilice. Si el Estado liberal respondió un día a un ansia de libertad y de libre iniciativa frente a los Estados absolutistas anteriores, ha llenado ya su misión, y otras ansias y problemas lo desplazan.

Frente a él vemos surgir los nuevos movimientos políticos sociales posteriores, muchos de los cuales propugnan otro extremismo estatificador. No son los que gritan los que tienen razón, y hoy se pretende con los gritos apagar las razones. Es muy seria la situación del mundo para que por egoísmo y la defensa de posiciones bastardas cerremos el paso a las soluciones posibles. Ni el capitalismo liberal es solución para la eficacia y resolución de los problemas modernos de los pueblos, ni la estatificación socialista de las producciones, que niega el principio de la libre iniciativa y anula el progreso. Pero existe una tercera solución: el Estado moderno que España ha alumbrado, que estimula la libre iniciativa y defiende la libertad y la dignidad de la persona humana, pero que se siente también propulsor y creador de todo aquello que, por beneficiar al bien común, deba realizarse.

Nuestro caso es tan aleccionador que bien merece que nos detengamos un momento en él. Bajo el régimen capitalista liberal, fuese éste republicano o monárquico, el estancamiento de nuestra nación vino a ser casi completo: lo fué tanto más cuantos más alardes de libertad se producían. En orden a su progreso, sólo se acometía lo que a la codicia de los intereses particulares convenía, desapareciendo cada vez más la acción directiva del Estado que señalase las grandes líneas y estimulase a la libre iniciativa y que, en su caso, realizase por sí lo básico que el progreso económico o social exigiese.

Bajo nuestro Régimen, por el contrario, la nación renace en todos sus órdenes, y establecidas las grandes líneas políticas, el avance se acusa en lo espiritual, lo cultural, lo sanitario, lo agrícola, lo naval y lo industrial. Las realizaciones en todos los órdenes se multiplican, llegándose solamente en el campo industrial a registrarse en estos veinte años —fijaos bien— la cifra de 210.676 nuevas industrias autorizadas debidas a la iniciativa privada y que fueron posibles por la acción del Estado sobre las industrias base y por los estímulos recibidos, al tiempo que el número de las creaciones estatales o mixtas han quedado por debajo del centenar.

Estos datos son bien elocuentes y demuestran la gran fecundidad de la libre iniciativa cuando es estimulada por el Estado y éste no se inhibe de los grandes problemas económicos e industriales básicos para su desarrollo.

Pero no son sólo los bienes materiales los que se juegan en esta partida. No podemos desconocer la influencia que los avances del comunismo y su paso por una parte importante de la población del mundo han de ejercer sobre las futuras estructuras políticas. Si queremos defender nuestros valores espirituales y los bienes morales que la civilización occidental nos ofrece hemos de perfeccionar nuestro sistema, haciendo que satisfagan a los anhelos de la población, que conquisten y atraigan dotándolos de eficacia.

Al igual que nos vimos forzados a hacer nosotros, es seguro que el mundo,

en un futuro próximo, se vea obligado a prevenirse y poner en revisión los viejos procedimientos y expedientes democráticos en servicio de la eficacia y de las afirmaciones sustantivas de la misma democracia. Nuestra experiencia nos dice que si esos expedientes y procedimientos tienen todavía viabilidad y eficacia en algunos países por sus particulares características, no sirven para su implantación en cualquier parte y en manera alguna merecen hacer de ellos el núcleo y esencia de la vida política libre y de la filosofía política de la vida moderna.

Las dificultades con que tropieza ahora el desenvolvimiento de la comunidad internacional ilustran bien a aquellas con las que tropezamos nosotros en nuestra empresa de creación institucional y política. El enemigo que acecha ahora para explotar cualquier ingenuidad, cualquier coincidencia favorable para él, cualquier debilidad o torpeza es el mismo que nos llevó a nosotros a huir de las soluciones triviales, de simplicidad y facilidad engañosa. Nosotros sentimos la necesidad de aceptar las nuevas bases del sistema político al servicio del ideal occidental de vida, pero con una renovación y mejora de de sus instrumentos, a la manera que hemos encontrado en el sindicato y que utilizamos en el sindicalismo nacional. Cuando hoy podemos considerar resueltas todas las dificultades de esta obra ingente, ¿cómo no sentir la satisfacción ante la naturaleza y la magnitud de la obra cumplida?

Ningún pueblo occidental hasta ahora se ha visto en la forma en que se vió España ante una necesidad fundacional y de creación política ineludible de esta profundidad. Nosotros hemos sabido atenderla gracias al concurso de circunstancias y de aportaciones cuya coincidencia no se puede provocar voluntariamente.

Nuestro sistema de Estado católico y de vida política libre no creemos que esté a merced de los vientos y de las pasiones, de las predilecciones momentáneas, ni que esté sujeto a convención ni quede a merced de las insidias y de los asaltos del enemigo, sino que se afirma por su propia voluntad de ser y se mantiene por la propia virtud de sus recursos.

El fundamento de la vida política libre no está en la indiferenciación entre lo bueno y lo malo, la justo y lo injusto, sino en la necesidad de una esfera de autonomía tan amplia como sea posible para la realización de las vocaciones y de los valores de la persona humana.

Esta satisfacción nuestra, bien legítima, por otra parte no ha de entenderse, sin embargo, como sentimiento o convicción de que la obra está terminada, pero sí de que podemos considerar resueltas las incógnitas y escollos más importantes de nuestra hora y de que tenemos ante nosotros un horizonte despejado de evolución y desenvolvimiento sucesivo.

La ejecutoria de la España nacional es la que abona nuestros programas y nuestras aspiraciones para lo sucesivo, hasta ver realizado el sueño de resurgimiento nacional y de ideas para los que hemos luchado y por los que tantos españoles han dado generosamente y con heroísmo sus vidas. Una labor inmensa nos espera aún para dar cuerpo a las realizaciones sociales que echamos de menos para llevar nuestro desarrollo económico hasta su más alto grado y para que nuestros propios hallazgos en materia política alcancen sus formas más depuradas y dejen ver todo su valor e importancia. Mas ¿no es cierto que con la ayuda de Dios podemos alimentar plena seguridad y confianza en alcanzar esos objetivos después de haber cubierto una trayectoria tan áspera y difícil? La unidad, la disciplina y la fe lo pueden todo. Yo pido a los españoles que abran los ojos a lo inestimable y prometedor de la oportunidad histórica nacional que vivimos, que recuerden la pasada postración y decaimiento de nuestra Patria, de que salimos, y que se resuelvan y dispongan a cumplir de nuevo misiones universales en todos los campos de la actividad humana.

Hoy está el mundo lleno con el antagonismo entre Oriente y Occidente, que hace acto de presencia en mil choques e incidencias todos los días. Rusia hace alarde de su propia eficacia y de la obra que ha realizado en su interior, aun cuando sea a costa de crímenes espantosos y de sacrificios inimaginables impuestos a su pueblo. Las grandes potencias occidentales se enorgullecen, a su vez, de su propia prosperidad y de sus tradiciones y fuerza. Pero es cosa de preguntarse si no están envejeciendo o han envejecido ya las posiciones polémicas rivales; sobre todo si la defensa de los valores del cristianismo y de la tradición occidental no precisa de planteamientos nuevos donde aparezca toda su superioridad incuestionable. ¿Es que no habría modo de que el Estado, no con la esclavización de la persona y de los valores individuales, sino en servicio de ellos, multiplique su acción y pueda hacer surgir las realidades sociales de liberación y de justicia que se echan de menos en todo el mundo?

Nunca tuvo la humanidad tal cúmulo de posibilidades y de recursos a su alcance. Jamás se ha dado en la Historia un complejo de poder como el que está al alcance de las potencias del mundo occidental para cumplir hazañas incomparables de civilización y de cultura y para traducir de manera convincente toda la superioridad de su espíritu. No falta sino encontrar los procedimientos de aplicación acertada, provechosa y directa de esos inmensos recursos. Y cabe pensar que si acertaran a salvarse convenientemente los límites que nuestra tradición de pensamiento político atribuye a la acción del Estado, se abriría ante todos una perspectiva inmensa de realizaciones espléndidas.

En cuanto a nosotros, tened la seguridad de que ningún prejuicio será capaz de detenernos en la aspiración de esas posibilidades que adivinamos y que deseáramos ver confirmadas. Mantenemos abierto el espíritu a todas las innovaciones y a todos los problemas, en materia social preferentemente, porque tenemos la evidencia de que el espíritu cristiano, aplicado a las cuestiones de la convivencia y de la vida política, no puede agotarse en este orden social de tantas grietas, de tantos privilegios solapados y de tantas necesidades insatisfechas. ¡Que sean otros los que encubran su tranquilidad o su malevolencia escudándose en las imposibilidades físicas! Si los hubiéramos escuchado y atendido desde el primer día hubiéramos de detenernos en una semiparálisis, que nos habría esterilizado. Si alguna prevención está justificada en este tiempo nuestro, es contra todo aquello que, bajo capa de imposibilidad, pretende restringir el horizonte de las ambiciones sociales legítimas.

Y para terminar, en este aniversario, en que siento mi fe acrecentada, proclamemos la gloria para los héroes, los mártires de la Cruzada; el honor para cuantos forjaron la victoria y la gratitud perpetua de la Patria para esta generación, que ha de entregar a las que le sucedan una Patria grande, en paz y redimida. ¡Arriba España!

DISCURSO ANTE LAS REPRESENTACIONES DE LOS EJERCITOS NACIONALES

Señores generales, jefes y oficiales, compañeros todos;

Comprenderéis mi emoción en estos momentos al recibir vuestra adhesión en esta fecha memorable del XXV aniversario de mi elevación a la Jefatura del Estado y al cargo de Generalísimo de los Ejércitos.

En estos momentos se agolpan en mi pensamiento los recuerdos de más de medio siglo de vida militar en que estuve unido a vosotros por los vínculos nacidos en los campos de batalla en el mejor servicio de la Patria. El recuerdo de los compañeros que dejamos en el camino, los años pasados en los campamentos africanos, en aquella gran escuela de mando y de energía, de afirmación de nuestro carácter, de iniciativas subalternas y de formación de la personalidad, magnífica cantera de donde salieron nuestros mejores jefes. Los momentos del Alzamiento, las decisiones heroicas de aquella hora, los que triunfaron y los que sucumbieron. ¡Cuánto heroísmo sepultado en toda la geografía española!

En seguida la carrera por la victoria, la constitución de nuestro Ejército,

la improvisación feliz de unidades y armamentos a que todos los españoles aportaron su ayuda; el gran milagro de crear y dotar un poderoso Ejército sin medios económicos ni casi materiales.

Se sabe de nuestros grandes combates, de las epopeyas gloriosas de nuestro Ejército, de los reductos inexpugnables en tantos lugares, de las defensas numantinas del cuartel de Simancas, de la Virgen de la Cabeza, de Belchite o de Toledo; pero cuántos otros hechos quedaron inéditos porque así convenía a los intereses de la guerra. Aquellos sufridos servicios en la mar, en las lividas madrugadas, buscando en el horizonte las presas convenientes. Cuántas veces el éxito de un servicio penoso ha constituido un jalón importante para la victoria. Así, el refuerzo más importante para el armamento de nuestro Ejército lo constituyó el apresamiento en una madrugada, en el Estrecho, del vapor «Sylvia», que conducía para nuestros adversarios ocho mil toneladas de material. Morteros, fusiles ametralladores en número de miles, vinieron a nutrir los parques nacionales dejando vacíos los del adversario.

Muchas veces como ésta, al correr de aquellos tres años, hemos tenido que callar nuestras victorias para no provocar dificultades y mayor resistencia a nuestros ejércitos. El mantenimiento del dominio del mar con medios muy inferiores hubiera podido ponerse en peligro si, provocando una cuestión de prestigio para el adversario, se ponían en acción las numerosas unidades de guerra con que aquél contaba, ya fuese bajo mando de españoles o de mercenarios extranjeros.

Nuestra guerra era de tal naturaleza, que no podía hacerse solamente con la cabeza, sino también con el corazón. No podía dejarse perder una población ni abandonar a su suerte a núcleos de compañeros en trance de agotamiento.

Hoy, al contemplar aquellos hechos con un cuarto de siglo de perspectiva, se aprecian los perfiles verdaderos de la gran epopeya. A las dificultades de la guerra en sí y de las débiles bases de partida había que sumar la que nos ofrecía el mundo exterior con su incomprensión y con su cerco. La guerra universal rondaba ya para desencadenarse y los peligros de una conflagración europea pendían sobre nosotros como una amenaza. Todo había, en aquellos momentos, que improvisarlo, desde la formación de nuestros cuadros de oficiales para nutrir los puestos de mando hasta la movilización de la más pequeña de las industrias, que nos permitió en sus cuatro quintas partes independizarlos del suministro extraño.

Y al lado de tantas dificultades, ¡cuántas otras satisfacciones íntimas! El comprobar, una vez más, la altísima calidad de nuestros soldados, el que el español estaba en forma como en los mejores tiempos de nuestra Historia, el que su espíritu y su fe hacían milagros. Muchos fueron los sacrificios, pero muy importante la grandeza que alcanzamos para nuestra Patria.

Y después de la guerra, la necesidad de afirmar y conquistar la paz en medio de un mundo nuevamente en llamas. Liquidación de los residuos de terrorismo, vigilancia constante en las fronteras contra las infiltraciones, bloqueo continental por los beligerantes, amenazas y amagos de invasión, locura desatada en los campos y en los mares de Europa, que no nos permitía descansar el brazo ni bajar la guardia. Necesidad de mantener una importante movilización y perfeccionamiento de los cuadros improvisados durante nuestra lucha. Toda esa suma de sacrificios de estas generaciones nos han dado estos años de paz y de progreso. Jamás se alcanzó en ninguna etapa de nuestra Historia una identificación mayor del Ejército y del pueblo.

En la dureza de estos años de lucha y de dificultades se ha forjado sólidamente la unidad entre los ejércitos de la nación y el pueblo generoso que los nutre y mantiene. En esta lealtad y unidad descansa la estabilidad de nuestra Patria.

Pasaron, por fin, los peligros de la gran conflagración europea, pero se perdió la paz, y nuevamente el peligro de otra gran contienda amenaza al mundo con caracteres apocalípticos. Hay que volver nuevamente a la guardia. No cabe hurtarse a los peligros. Es necesario una previsión. Pero en aquellos años de aislamiento nos habíamos quedado atrás y hubo que recobrar el tiempo perdido. La guerra ha alcanzado tal dimensión, que la potencia de los ejércitos se halla íntimamente ligada al progreso científico, industrial y económico de las naciones; pero aun esto no basta. Hoy se acusa como trascendente para las luchas futuras el estado político de los países. Las guerras no solamente se ganan en los frentes, sino también en las retaguardias, en el respaldo y la decisión que en el país encuentren.

Con esta dimensión que la guerra ha tenido, ésta se sale de los marcos nacionales para alcanzar el de grandes grupos de naciones en lucha. Estas pasan a ser sumandos en la concentración de esfuerzos.

En esta solidaridad internacional que las grandes contiendas nos imponen y que empuja la corriente de la desnacionalización e integración de los grandes espacios, no conviene ir más lejos que lo que la misma naturaleza humana dicta y la fortaleza moral de los ejércitos demanda. No es debilitando lo nacional como puede triunfar lo colectivo. Por mucha importancia que le demos al material, la base serán siempre los hombres, y se muere por una fe, se derrocha heroísmo por una Patria, se lucha por todo aquello que la vida y la Historia han forjado al correr de los siglos. La guerra no es el cálculo frío de unas conveniencias ni de unos datos estadísticos de producciones; es el ardor y el heroísmo con que se lucha hasta la muerte.

Que ante la guerra grande lo ideal sería contar con una concentración

humana que ofreciese una unidad sin fisuras, es evidente, pero que la naturaleza no lo ofrece así, también es cierto. Y si queremos triunfar hemos de conjugar nuestras realidades sin pretender perseguir una quimera. No es debilitando a los sumandos como se aumenta la fuerza de la suma.

Muchas veces os dije que en las amenazas e inquietudes de nuestra hora hemos de tener siempre presente el que nuestra preparación para la guerra grande no nos pueda privar de aptitudes para la guerra chica. Precisamente en las guerras grandes, por constituir las naciones sumandos de un conjunto, lo que pueda faltarle a una, puede suplirlo otra, lo que no es posible en el aislamiento que suele acompañar a las guerras chicas.

Hoy ya empieza a retroceder el Occidente en el concepto de la preparación, volviendo sus ojos a los medios convencionales ante el aniquilamiento que para todos representaría el empleo de las armas nucleares. Y ya se mira con curiosidad e interés las tácticas de las guerrillas y de los "comandos".

Para nosotros existen hoy tres clases de guerra: la nuclear, con el aniquilamiento mutuo de los beligerantes; la convencional, con su acumulación de tanques y de material sobre unos frentes y unos ejes de marcha, y una tercera, la de la insurrección armada y el levantamiento del país contra el invasor en una inmensa guerra de guerrillas. En las primeras, la victoria corresponderá a quien acumule más medios en los puntos decisivos, lucha por excelencia de los efectivos y el material; en la última, la victoria corresponderá al pueblo que sepa mantener su patriotismo y coraje. Para ella no son aptos los modernos ejércitos sobrecargados de material; son necesarias las iniciativas personales en las que se conjuga el pueblo y el terreno.

Para combatir un peligro, lo primero es analizar ese peligro, sus características, las posibilidades de maniobra, la posible ofensiva, todo aquello que pueda anularlo o destruirlo. La amenaza que Rusia viene desencadenando sobre el Occidente, aunque se ayude con acompañamiento bélico, es, sin embargo, evidentemente política; mientras pueda ganar las batallas en este campo no cometerá la locura de desencadenar una contienda, que representaría para ella misma la mayor de las catástrofes. En la conquista universal a que los soviets aspiran, su base más firme se encuentra en las batallas políticas que progresiva y parcialmente viene ganando.

No vale no querer ir al terreno en que el enemigo nos plantea la batalla, pues representaría abandonarle la victoria; por eso hay que luchar en todos los campos y cargar el interés en aquellos que nos puedan ser más favorables. No se puede perder la iniciativa y dejar que el comunismo navegue a favor de la corriente y el Occidente contra ella.

Hay que buscarle al comunismo sus partes débiles, su talón de Aquiles, y su punto neurálgico está en la debilidad de los países ocupados. Hemos de partir de la base de que los países ocupados, cada día que pasa odian más a los invasores, que sólo son dueños éstos del terreno material que pisan. Los hogares y el campo viven su propia vida, acumulando rencores e impermeables a su acción. Aun los mismos comunistas de buena fe de estos países suelen ser unos inadaptados a la disciplina de la sociedad anterior y no aceptan cambiarla por otra más dura, más cruel y, por otro lado, extraña, y cuando son aprisionados por la máquina soviética vuelven a constituirse en rebeldes en potencia. No digamos lo que tiene que ocurrir a los no comunistas, a los perseguidos, a los aherrojados por una minoría sin escrúpulo. Lo religioso, lo nacional, las ansias de libertad y la desesperación, todo pugna por romper las cadenas.

He aquí el arma en potencia que el Occidente posee; pero para ello es necesario ser fiel a nuestro ideario occidental, que no se abandone a los pueblos oprimidos tras el telón de acero, que no se les traicione con concesiones vergonzantes a los agresores. El Occidente ha de afirmar claramente que jamás aceptará su dominación.

No se trata de impulsar a estos pueblos a levantarse para luego dejarlos abandonados, sino para mantener un día tras otro su derecho a la libertad, no pasar por los hechos consumados, defender los principios por los que se combatió en una guerra de cinco años, el derecho a la libertad de esas nacionalidades. No venderlos en tratos con los opresores y preparar y favorecer su independencia cuando llegue la hora. Llevarles a su convencimiento de que pueblo que ama la libertad, más temprano o más tarde acaba siempre obteniéndola. Una insurrección, llegada la hora, de esos países, paralizaría totalmente la acción de Rusia contra el Occidente.

Pero sobre estas razones de orden técnico y material existen otras de orden superior, cuales son las de la justicia y la razón y la voluntad suprema del Creador, que no puede abandonar a esos pueblos que sufren la más terrible persecución religiosa de todos los tiempos. Dios no puede otorgar la victoria a sus encarnizados perseguidores. La victoria hay que merecerla.

Mas volviendo la vista a nuestra preparación y a nuestro entrenamiento, la técnica y perfeccionamiento de nuestros ejércitos, que recibieron un impulso eficaz al asociar la técnica entonces más reciente de Norteamérica, se ha visto hoy devalorada ante los nuevos adelantos conseguidos. Por ello, transcurridas las cuatro quintas partes del tiempo por el que se concertaron nuestros acuerdos necesitan ser nuevamente estudiados y renovados para que respondan a la nueva situación.

Como véis, la política militar no es una cosa aislada, sino que ha de responder a la política general de la nación y especialmente a su política exterior. En ésta no ha habido variaciones, más que el acercamiento cada día mayor hacia todos los pueblos y la constancia de nuestra política en los acuerdos con Norteamérica; así como la solidaridad cada día mayor, a través de nuestro Pacto Ibérico, con nuestra hermana peninsular, que con tanta dignidad y fortaleza viene triunfando de los ataques encubiertos a sus territorios fraguados desde el exterior.

Para ellos y para cuantos voluntarios se solidarizaron con nosotros en nuestra Cruzada, sean en este orden nuestros mejores recuerdos.

Felicitémonos de esta grandiosa hora de plenitud y recordemos a los caídos en el camino, que no pueden compartir nuestra alegría. ¡Arriba España!

DISCURSO EN LA INAUGURACION DEL SEMINARIO DE BURGOS

Excelentísimo señor arzobispo, señoras y señores:

Solamente unas palabras para agradecer a nuestro querido arzobispo la cortesía de haber reservado para esta fecha jubilar del XXV aniversario de mi elevación a la Jefatura del Estado la inauguración de este seminario, centro básico de cultura y expansión de la fe en esta centenaria capital de Burgos. En estos veinticinco años se han puesto de relieve y en esta efemérides venimos recordando los bienes temporales que el triunfo de nuestro Movimiento y nuestra victoria representó para la Patria. Cuando nuestros combatientes decían que luchaban por Dios y por España lo hacían así realmente. Quien con autoridad indiscutible podía definir nuestro Movimiento como Cruzada lo calificó claramente. Si así era y verdaderamente luchábamos por Dios y por España, los bienes de nuestra victoria en estos veinticinco años de resurgimiento no podían quedar estancados en lo temporal y debían extenderse en mayor escala todavía al orden espiritual. Al inaugurar este seminario no puedo menos de recordar la diferencia entre antes y ahora. En mi juventud asistí al hecho de comprar un seminario en Asturias para convertirlo en cuartel. El retroceso del número de vocaciones había hecho innecesario aquel edificio desmesurado para las vocaciones religiosas de aquel tiempo. En cambio, nosotros asistimos en esta etapa al hecho inigualado de la floración de vocaciones, a que los seminarios se queden chicos y atrasados para contener a toda la juventud que viene en legiones gloriosas hacia la Iglesia y hacia el servicio de Dios.

Con ser esto tan importante y que inmediatamente volveré sobre ello, hay otra cosa para mí trascendente. No trato con esto de definir los aspectos espirituales, sino los temporales. Se trata de algo importante para la Iglesia. Nosotros, con nuestra victoria, hemos liberado a la Iglesia española de aquel confusionismo político que la tenía prisionera de aquella artificiosa división de España en derechas e izquierdas, porque si en la derecha se acomodaban por necesidad muchas de las cosas espirituales de nuestra Patria, en el mismo bando estaban el conservadurismo más cerril, el capitalismo liberal, las prerrogativas y los derechos, pero asimismo el mantenimiento de las injusticias sociales y otras muchas cosas entre las que la Iglesia no podía estar. Si mirábamos a la izquierda nos encontrábamos con un materialismo grosero, ateo y enemigo de toda espiritualidad, más un orden de aspiraciones legítimas y naturales, que la Iglesia fué la primera en proclamar. He aquí el gran servicio prestado en este orden a la Iglesia al liberarla de esta situación y permitirle que se coloque por encima de los partidismos y de las luchas temporales, de acuerdo con sus principios evangélicos.

Si esto no hubiera acontecido, imaginaros lo que hubiese sido de la Iglesia española. No tenemos más que mirar a Europa, observar aquellos otros países católicos que ven perseguida su fe por los sicarios del comunismo. Esas iglesias del silencio que nos estremecen de Polonia, Hungría, Rumania, parte de Alemania y tantos otros pueblos cautivos... La misma suerte que esperaba a la Iglesia española sin nuestra Cruzada y sin nuestra victoria.

En la administración de la victoria por nuestro Régimen no ha quedado la Iglesia desamparada. Yo puedo citaros unas cifras elocuentes que dicen más de lo que yo pudiera expresar en medio de esa etapa tan difícil y de penuria de la postguerra. Con la ayuda del Estado han sido reconstruídos de nueva planta, reconstruídos o notablemente ampliados, hasta 66 seminarios. Las diócesis son 64. Y las cantidades invertidas por el Estado en edificios eclesiásticos desde primero de abril de 1939 a igual fecha de 1959 —faltan, por tanto, los años 60 y 61— suman la cifra de 3.106.718.251 pesetas. Este es el granito de arena de nuestro Régimen a la causa de Dios.

DISCURSO EN EL ACTO DE HOMENAJE QUE LE RINDIERON LAS JUVENTUDES ESPAÑOLAS

Mis jóvenes camaradas:

¡Qué placer escuchar tan bellas palabras en nuestra juventud! Nacéis a la vida cuando España amanece, cuando la nación se incorpora a su destino

histórico. Por eso vuelan vuestros pensamientos con alas de fuego. Habéis oído contar muchos romances de nuestra guerra. ¡Qué bellos son los relatos de guerra para la juventud cuando los ilumina la claridad de la victoria! ¡Cómo nos confortan los hechos gloriosos, los sacrificios heroicos, la nobleza en la lucha, la generosidad con los vencidos! Se rejuvenece nuestro ánimo al contacto con la juventud, y remontándonos allá muy lejos, cuando nosotros también galopábamos en el loco caballo de la ilusión, también a nosotros nos contaban, pero no reflejos de victoria, sino dolores de impotencia, males de decadencia. Nacimos a la vida bajo otro signo: el negro pesimismo de los hombres del 98. Pero nuestro espíritu se rebelaba, no aceptábamos la decadencia de nuestra Patria, no nos resignábamos a ser distintos de aquellas generaciones de españoles que nos precedieron, que, trocando el arado o el azadón por el remo o por la espada, pasearon orgullosos nuestras banderas por el mundo.

Una buena estrella me acompañaba. Desde muy joven me tocó el papel de mandar y llevar a la victoria a la juventud, enderezando los caminos de la Patria. ¡Y qué alegría al confirmar los grandes tesoros de heroísmo, de caballerosidad rústica, de generosidad y nobleza que encierran los corazones juveniles españoles!

En nuestros años de decadencia no fué ésta consecuencia del estado de nuestro pueblo, sino de la conformidad de las clases dirigentes. Constituía el fruto natural de todo un sistema político. Por ello, nuestra Cruzada no se libró contra nuestros hermanos españoles, sino contra todo el sistema que los aprisionaba. Así podemos decir que constituyó una verdadera guerra de Liberación, la indispensable operación quirúrgica que la gran invasión del mal nos exigía, llevada a cabo con el mismo dolor con que se amputa un miembro al ser querido.

Nuestra lucha por la fe y por la Patria contra sus perennes enemigos, masonería y comunismo, que, sobornando conciencias, habían sumado en la traición a una exigua minoría de españoles. Por eso, nuestra victoria fué victoria para todos, y nuestra política se dirigió a corregir las injusticias seculares, a la redención de los desheredados de la fortuna, a levantar otra España sobre las bases más justas, a devolver a los españoles el orgullo de serlo, a cambiar una Patria madrastra por una Patria madre, llena de ternuras y de cuidados, que extiende la cultura por doquier para que ninguna inteligencia se pierda, que multiplica para los españoles todas las oportunidades de progreso, que crea miles de becas y millones de nuevos puestos de trabajo, forjando en los españoles una fe y una conciencia nueva.

Pero el tiempo vuela y es todavía en un ayer casi inmediato cuando, con la Cruzada, llegaban los jóvenes a nuestras filas e ingresaron más tarde en las Escuelas de Formación de Alféreces Provisionales, hoy en edad madura y

que ocupan ya plazas de gobernadores, alcaldes y otros puestos directivos. Fue en otro ayer más próximo cuando se abrió el Frente de Juventudes, y ya han alcanzado altos puestos de responsabilidad jóvenes formados y salidos de vuestras filas. En esa gran olimpiada que es la vida, las generaciones se suceden y se van pasando de una a otra la antorcha con el fuego sagrado de la Patria, que no puede extinguirse y que por aportaciones sucesivas su llama se va haciendo más grande y más brillante. Un puesto de honor es el de ser portador de la antorcha, pero a ella hay que ir con el corazón limpio, lleno de ilusiones, con fe en la carrera y afanes de llegar para entregarla con más brillo y más gloria.

Decía José Antonio que en el servicio de la Patria debíamos ser mitad monjes y mitad soldados. Virtudes y disciplina. Creer y servir. Devoción de monje y nobleza de soldado. Así fueron los héroes de nuestra Cruzada, los caídos de nuestra Falange y los muertos de nuestro Requeté.

Con estas lecciones, ¡cuántos son vuestras obligaciones y deberes cuando en vuestra formación hemos puesto toda nuestra complacencia! El futuro de nuestro Movimiento está en vosotros. No temáis que antes que la antorcha pase a vuestras manos nadie pueda detener nuestra Revolución Nacional-sindicalista. Son muchos millones los interesados en esta gran empresa, contra la que nada pueden los débiles, los cucos o los timoratos. El sol de la Victoria ha salido definitivamente para España.

DISCURSO ANTE EL CONSEJO NACIONAL EN EL MONASTERIO DE LAS HUELGAS

Señores Consejeros:

Cuando el 1 de octubre de 1936, desde esta tierra de Castilla, matriz y levadura de nuestra unidad, de nuestra grandeza y nuestra libertad, anuncié al mundo que la victoria estaba de nuestro lado, hice público mi compromiso irrenunciable de soldado de "llevar a España a lo más alto o de morir en el empeño".

Tenia ya entonces clara conciencia de que la guerra sería larga y más larga y difícil aún la batalla que tendríamos que librar para reconstruir sobre bases firmes nuestra independencia y soberanía política, nuestra paz social, nuestra fortaleza económica, nuestra cristiana singularidad cultural y el derecho a nuestra unidad religiosa, una de las claves más operantes de nuestra cohesión interior y de nuestro destino histórico en lo universal.

Bastaba la más elemental sensibilidad para percibir que los viejos tinglados políticos se hundían y que otras fuerzas, desde motivaciones y planos morales e ideológicos, habían irrumpido con ímpetu incontenible, dispuestas a llenar el vacío ético, institucional, religioso y humano abierto por el liberalismo decimonónico, pero con una dialéctica materialista espiritualmente pagani- zada y unas estructuras politicosociales que eran estimadas como mera prolon- gación de la personalidad única del Estado. En definitiva, que se desencade- naban con furia iconoclasta las últimas consecuencias del mecanismo liberal, devorando a su propio progenitor.

Sobre nuestra geografía descargó el primer asalto del imperialismo comu- nista a Europa. El gesto heroico de un pueblo en armas junto a su Ejército, alzado en defensa de la misión suprema que le impone la misma ley constitu- tiva de las Instituciones armadas, los Caídos y los mártires de nuestra Cru- zada, que "preferían morir con honra a vivir con vilipendio", alumbraron para la cristiandad el único camino que conduce a la victoria. Para ellos, todos los honores y la gloria de esta efemérides jubilar. Para mí, la noble servi- dumbre de continuar sirviendo a la Patria sin descanso.

Con violencia rencorosa, utilizando hasta la calumnia, la difamación y la falsedad a escala internacional, se movilizaron contra el Régimen y el Movimiento Nacional todas las fuerzas que pública o secretamente de un modo directo o indirecto, fueron siempre hostiles a España. Estas fuerzas eran ahora gobernadas y dirigidas, en la mayor parte de las ocasiones, por el co- munismo internacional, que hoy asedia a los mismos pueblos en que radican esos poderes y que acabará yugulando a Occidente si sus equipos rectores continúan tratando de detener la dinámica ofensiva del sistema comunista con procedimientos que en lugar de frenar amplifican sus posibilidades de expansión y de avance sin mayores riesgos; mientras que en las zonas que contra todo derecho les fueron entregadas por torpeza o maquiavelismo dia- bólico construyen una sociedad a imagen y semejanza de la soviética y tra- tan de consolidar los dispositivos de ataque y resistencia, que sirvan de escudo, en caso de conflicto, a sus fronteras naturales.

Pero si esa prolongada hostilidad al Régimen nacido en la Cruzada y al Movimiento Nacional nos ha obligado a mantener, como los obreros bíblicos, en una mano la espada y en la otra las herramientas con las que asentábamos los sillares de nuestro resurgimiento nacional, también actuó como estimu- lante de nuestras propias energías, como acelerador de nuestro proceso de maduración política, como aglutinante de nuestra solidaridad y nuestra uni- dad interior, como palenque en el que fuimos templando y depurando la ori- ginalidad y la eficacia de nuestras soluciones doctrinales, jurídicas y prácticas.

La validez de estas soluciones es hoy incontrovertible. Pero si tan inne-

gable es ya esa realidad, que nos releva de la tensión apologética que fué necesario mantener durante los pasados lustros, dada la ceguera de algunos minúsculos grupos interiores y de sectores internacionales bien conocidos, continúa siendo tarea permanente de los órganos más importantes del Movimiento Nacional mantener vivo el instinto de conservación y superación en todo el cuerpo social, y de modo particular en aquellos a los que por su jerarquía en el mundo del trabajo, de la enseñanza, de la economía, de la administración o de la política corresponden funciones directivas que han de ser siempre cumplidas con el más depurado sentido de responsabilidad social.

El Movimiento Nacional tiene sus Principios básicos, incorporados ya al conjunto constitucional de nuestras leyes fundamentales, cuya observancia obliga a la totalidad de cuantos integramos la comunidad española. Pero representaría un fraude a la categoría que en el cuadro institucional corresponde al Movimiento, entenderle exclusivamente como una declaración de normas sustantivas y orientadoras, ante las que basta una actitud puramente no delictiva. Si así fuera, la influencia de dichos Principios en la vida nacional terminaría con el tiempo siendo mínima, prácticamente nula. El Movimiento Nacional comprende una doctrina, una organización, una disciplina y una jefatura.

La gran debilidad de los Estados modernos radica en su carencia de contenido doctrinal, en haber renunciado a mantener una concepción del hombre, de la vida y de la Historia. El mayor error del liberalismo es su negación de toda categoría permanente de razón, su relativismo absoluto y radical, error que, bajo versión distinta, se acusó en aquellas otras corrientes políticas europeas que hicieron de la "acción" su exigencia única y la suprema norma de su conducta. Y como la manifestación específica y más sustantiva del Estado es la positivización del orden jurídico, éste, cuando no procede de un sistema de principios, ideas y valores reconocidos como superiores y anteriores al mismo Estado, desemboca en un omnipotente voluntarismo jurídico, ya sea su órgano la llamada "mayoría", puramente numérica e inorgánicamente manifestada, ya sean los supremos órganos del poder.

La clave de la vida en sociedad es la consecución, conservación y desarrollo del bien común. Es la causa final de la misma sociedad y la razón de ser de la autoridad en ella. Pero este bien común está integrado fundamentalmente por la suficiencia de bienes, no sólo materiales, sino también de índole moral y espiritual, que hagan posible el desenvolvimiento normal de la personalidad humana, en sus varias proyecciones naturales en orden a la más fácil consecución de su último fin, dentro de las exigencias que impone la referida vida en sociedad. Es este entendimiento de la persona humana, de su libertad, concebida como medio y no como fin en sí misma; de sus manifestaciones y

prolongaciones familiares, profesionales, sociales y políticas, y de los derechos de la autoridad adecuados para el cumplimiento de las obligaciones que le son exigibles en relación con el bien común, lo que constituye la brújula segura que puede orientarnos rectamente en la edificación de un orden y organización sociales satisfactorios, tanto desde el punto de vista doctrinal como desde el punto de vista de la eficacia.

Pero no solamente son estas urgencias inmediatas y primarias del Derecho natural, directamente relacionadas con la conveniente constitución del Estado, las que no cabe sujetar a la cambiante voluntad de la masa ni a la de los poderes públicos, pues no fueron tales bases dejadas por Dios al libre arbitrio de los hombres, sino que también permanecen al margen de las decisiones de las generaciones actuales las notas específicas que, a lo largo de los siglos, fueron decantando la personalidad histórica de la comunidad en que nacemos y a la que pertenecemos. La Patria, es cierto, se hace y se acrece cada día; pero la recibimos como un tesoro que estamos obligados a conservar y a aumentar para transmitirlo a los que nos sucedan. Cuando se produce la desnaturalización de ese patrimonio, todo el edificio de la vida política sanamente nacional se viene abajo, y no procede sino reconstruirlo desde sus cimientos, pero las piedras angulares para esa reconstrucción están ahí, en el subsuelo histórico: Tal fué nuestro caso en 1936.

Se había venido abajo el edificio entero de nuestra vida política nacional. En más de un siglo de ensayos y experiencias fracasados se habían agotado las fórmulas alternativas del sistema político con vigencia en el mundo, y si resultaba imposible el mero trasplante a nuestro momento de los usos y soluciones de la tradición antigua de España, porque la tradición no es mera copia ni pétrea inmovilidad, el fracaso experimental reiterado descartaba las soluciones de constitucionalismo habituales a partir del siglo XIX.

Nació el Régimen español no sólo como sustitutivo conveniente de otro régimen torpe, incapaz o inadaptado a la personalidad histórica de España y a sus necesidades. En 1936 había quebrado la legalidad republicana al convertirse el mismo Poder en promotor de la más radical subversión de los derechos fundamentales. Al ordenar el Gobierno a la Policía del Estado el asesinato del jefe de la oposición parlamentaria y entregarse a los designios de Moscú, dejaban de existir los últimos restos del que se decía un Estado de Derecho.

Lo que con el Movimiento y la Cruzada surge no es el arco que sirve de de puente para restablecer la unión entre dos orillas, sino una concepción política y una estructura estatal que, por ser legítimas de origen, por estar injertas biológicamente en las entrañas de la tradición y ser conformes con los imperativos de nuestro tiempo, cristaliza desde el primer instante en un

sistema político social de derecho, españolamente original, superador, sin lastres ni taras, con un sentido de la continuidad histórica y una sincronización vital con las exigencias de justicia y transformación social que caracterizan y especifican a la etapa presente del mundo.

Dentro de la amplitud de las órdenes doctrinales del Movimiento caben, sin discriminación de procedencia o estamento, todos los españoles que por sus actividades en el ambiente privado, familiar y profesional, responden con generosidad a la llamada del sacrificio diario por la Patria.

Cuando el Movimiento a lo largo de este período extenso ha entrado en la dinámica de los problemas concretos y las fluctuaciones de la vida internacional, es natural que haya tenido la porosidad necesaria para recibir los diferentes criterios y opiniones en orden a todos esos asuntos. Pero esto no quiere decir otra cosa que la viabilidad del Movimiento mismo. Su autenticidad sería inexistente si los criterios y diferencias de opinión y los pareceres variados trataran de convertirse en torpedeamiento activo, porque de este modo instalaríamos otra vez el espíritu de grupo en la vida española, y en este caso más traumáticamente, porque estaría al amparo de nuestra propia estructura.

Si contra esta desviación hay que estar avisados, no es menor el peligro de que un espíritu de grupo quisiera aparecer firme, aunque estuviera rodeado de la mejor buena fe. El Movimiento es un sistema y en él caben todos, vengan de donde vinieren. La composición de este Consejo Nacional, de nuestras Cortes, de nuestros Sindicatos y Corporaciones, son una prueba de que todos vais a un mismo sitio, aunque vengáis de diferentes caminos. Pero hay que hacer una discriminación entre el Movimiento Nacional, que comprende a todos los españoles, y el servicio de este Movimiento que, requiriendo una actividad política como en todos los países, es tarea de minoría, pues no todos aman el servicio político cuando éste entraña sacrificios.

En esto ocurre como en lo nacional o en religioso: en lo primero, todos somos patriotas y estamos obligados a la guarda y a la defensa de la Patria; pero es una minoría, el Ejército, el que se adscribe a su servicio permanente y directo y cela el que las esencias de la Patria no se pierdan. En lo religioso, siendo todos católicos y rigiéndonos por la misma ley divina, es una minoría análogamente, la de los sacerdotes y religiosos, la que bajo la dirección de los obispos, cela el mantenimiento de la fe y del cumplimiento de la ley divina y se sacrifica en el servicio directo de la Iglesia.

Los principios todos del Movimiento han de ser aceptados y de modo especial han de constituir norma y norte para quienes de algún modo asumen su servicio; pero no por ello sería aconsejable concebirlos sin una configura-

ción orgánica y una disciplina efectiva entre sus miembros, que han de guardar no sólo fidelidad a la doctrina, sino también lealtad a la organización y a sus jerarquías. Porque no se trata sólo de una manera de pensar, de una mera coincidencia en unos postulados comunes cívicos, sino de un modo de ser y de participar en las tareas de una institución política que posee capacidad para obligar a los que en ellas se integran voluntarios como cuadros más particularmente activos.

Sobre estos cuadros pesa muy particularmente la responsabilidad de que ese Movimiento no se estanque y detenga, de que continúe esforzándose sin descanso porque se realicen, hasta el extremo límite que las circunstancias y los medios disponibles prudentemente permitan, cuantas aspiraciones estén contenidas en su entendimiento del bien y el perfeccionamiento de la persona y de la sociedad. En última instancia, ésta es la diferencia sustancial entre partido y movimiento, entre la adscripción a un programa y la fe operante ordenada a un quehacer nacional, entre una etiqueta política y un modo de ser y de comportarse.

Este modo de ser y de actuar concretamente en función de nuestro particular quehacer nacional es indudablemente privativo de nuestro Movimiento, que, por añadidura, nace dentro de unas muy concretas circunstancias españolas. En este sentido representa la solución a nuestra específica problemática, en realidad la única solución convincente.

Pero puede y debe afirmarse igualmente su validez universal por lo que se refiere a sus principios más radicales y determinantes, a la consideración de las entidades naturales como los cauces normales de la representación política, a su estimación de lo económico y lo social como integrante de un solo fenómeno que requiere un tratamiento unitario y de eficacia simultánea en ambas vertientes, a la restauración de la supremacía de los valores espirituales sobre los utilitarios, al respeto del hombre, portador de valores eternos; a la energía con que procede contra los gérmenes y causas que desintegran la unidad nacional, a su repudio manifiesto de la organización clasista del mundo de trabajo y de la producción, a la dignificación y fortalecimiento del principio de autoridad. Nos atrevemos a profetizar que los regímenes del mundo futuro serán más parecidos a lo que nosotros concebimos y tenemos en marcha que a cualquiera de las fórmulas políticas ya experimentadas.

Quede, pues, claro que el Movimiento es el condensador y vivificador del curso político del país. Importan, sí, las instituciones y la administración, pero vivificadas y amparadas por una política. Y una política es esencialmente una doctrina, un sistema moral, un método, una acción organizada y sin desmayos, unos equipos dirigentes con vocación de servicio, imaginación creadora y sentido realista, y el asentimiento de un pueblo que ama y permanece fiel

a su tradición; solidario a vida o muerte con su destino y con un fuerte sentido de unidad nacional.

Si en la primera etapa que hoy culmina hubimos de acomodar la marcha al ritmo que exigía la creación e implantación de las condiciones básicas que eran imprescindibles para acometer las soluciones realmente definitivas de nuestros problemas, no por eso hemos renunciado a ninguno de los propósitos que están contenidos en nuestro ideario. Por tanto, es este acervo doctrinal uno de los aspectos que han de ser cultivados con mayor celo y ahínco.

En ello ha de rendir el Movimiento, como tal organización, un esfuerzo intensivo, para que en las inmensas perspectivas abiertas ya a nuestra voluntad realizadora, bien comprobada y experimentada en la gigantesca labor llevada a cabo, cuanto hemos de hacer descansa igualmente sobre conclusiones y estudios elaborados previamente con el máximo rigor.

Si ésta fué la norma permanente hasta aquí, la trascendencia de lo que ahora acometeremos, con bases de partida más firmes y consolidadas, y unas estadísticas y conocimientos más íntimos de los problemas, exige cargar el acento en la preparación de los esquemas y claves que nos sirvan de guía en la ejecución.

La existencia de una doctrina es lo que garantiza fundamentalmente que la política no se centre en un personalismo ni se convierta en un contra-producto mesianismo, siempre por nosotros rechazado. Porque hoy es incuestionable que la viabilidad, estabilidad y continuidad de cualquier sistema político vienen condicionadas de una manera esencial por lo atrayente y fecundo de sus doctrinas y por el realismo y tacto con que se aborden los problemas, muy particularmente los económicosociales, pues es de cara a la totalidad de la comunidad, y no conforme a las abstracciones de algunos cenáculos o a los intereses de pequeños grupos privilegiados, como hay que concebir el Gobierno cristiano y realista de una nación.

Es elemental e inmovible que no hay independencia ni libertad auténticas ni para los pueblos ni para los individuos si éstos viven en esclavitud económica. Es verdad que la libertad de la nación y la de la persona humana no se nutren esencialmente de valores económicos, pero también es verdad que éstos condicionan de hecho la posibilidad del ejercicio normal de dicha libertad.

Entre las metas más inmeditas, cuya realización, sin embargo, necesitará de periodos no cortos en el tiempo, figura la de completar y perfeccionar un ordenamiento jurídico que de modo más efectivo imponga a la economía su función social. En este camino no podemos detenernos. La socialización de los beneficios económicos, incluso la de determinadas fuentes de riqueza y

medios se producción, en aquellos casos donde no aflorara otra solución adecuada, es un imperativo al que pudiera resultar suicida volver la espalda. No pugna esta posición con la recta doctrina sobre el derecho de propiedad ni implica la más mínima afinidad con la concepción marxista que transfriere la titularidad efectiva de todos los medios y fuentes productivos al Estado, lo cual, como sabemos, desemboca en la figura de un capitalismo despótico y absorbente cual ningún otro.

En el mundo existen factores que tienen vitalidad pujante, que se abren paso hacia un orden distinto. Entre ellos, la ascensión cultural y política de los grandes sectores populares, los cada día más amplios y numerosos equipos técnicos insertos en las grandes explotaciones industriales y comerciales y la atención e interés que despierta —¿por qué no decirlo?— el fenómeno comunista que, pese a su incompatibilidad con la dignidad de la persona humana y con cuanto el hombre más necesita, ha logrado, a través de la racionalización, alcanzar en órdenes, como es el de los avances científicos e industriales básicos, un potencial de primer orden. La influencia que estos factores han de tener en el futuro político del mundo es evidente.

Dentro del respeto a los valores eternos y tradicionales, pues sin ellos cualquier transmutación social, por muy enérgicamente que se manifieste en algunos aspectos, es realmente la pura subversión, las revoluciones triunfan o se derriban de acuerdo con el grado de acierto con que sean capaces de ordenar las soluciones más convenientes en el tiempo y en el espacio. Por eso, para conducir la revolución hay que ser inasequibles a la fácil tentación de la espectacularidad, a la utilización fácil del Poder. Hay que someter a las brigadas del rigor más exigente la acción de gobierno, renunciar al éxito momentáneo por la obra permanente y bien hecha, administrar con honestidad las energías sociales y no dilapidar el gran tesoro que supone la adhesión de un pueblo. La función de Capitania se opone por igual a la demagogia y a la cobardía, a la jactancia y a la disciplina, a la arbitrariedad como a la indecisión.

A esta normativa y esta ética venimos ajustando las sucesivas fases de nuestra batalla económica. Mientras en la agricultura íbamos conquistando posiciones cuya magnitud e importancia no necesitan ser resaltadas, aprovechábamos de otra parte las más firmes bases de una tradición industrial situada en mejores niveles, para conseguir un ritmo más acelerado en este sector. En esto no caben caprichos: el complejo económico de cada nación impone sus servidumbres, ya que no constituye una creación arbitraria de la que pueda hacerse tabla rasa; se ha formado por la evolución natural y las aportaciones sucesivas de generaciones y sistemas. Su alteración violenta podía poner en peligro la vida económica de la Nación.

Cuanto en el orden económico en una revolución intente hacerse, no puede realizarse destruyendo las bases en las que el complejo económico se asienta, sino todo lo contrario, mejorándolas y prescindiendo sólo de ellas cuando se hayan podido constituir otras más firmes y seguras. El descenso del nivel de vida y la agudización de los problemas en los pueblos en que demagógicamente obró la violencia, es hoy notorio en numerosos países con la terrible agravante de que el fracaso económico les arrastrará indefectiblemente a nuevas convulsiones políticas.

De esas servidumbres no se libran ni las grandes naciones, algunas de las cuales sufren las crisis correspondientes a haber rebasado en lo social los márgenes económicos posibles. Los imperativos de lo económico llegan en la actualidad a rebasar las fronteras y condicionan lo nacional como consecuencia de la concurrencia en los mercados y de los intercambios comerciales.

En el orden económico, nuestra política en estos veinticinco años ha tenido una línea rectilínea: muy poco ha sido lo que hayamos tenido que rectificar y la realidad ha venido a confirmar todas nuestras previsiones. Ya en 1939 decía en Burgos: "El primero y más urgente problema que se presenta a nuestra economía es la nivelación de la balanza de pagos." Pocos meses más tarde exponía: "Que su necesidad más inmediata es el restablecimiento de los equilibrios, que mejorando nuestra producción y balanza de pagos, nos permita una libertad de comercio, pues dado el aumento progresivo de nuestra población y del nivel de vida de la Nación, las necesidades imprescindibles absorben hoy todos los márgenes de nuestro intercambio."

En ocasiones sucesivas volvía a reiterar: "Uno de los problemas que se nos presentaban con carácter más grave y acuciante era el de la situación, permanente y contraria, de nuestra balanza de pagos con el exterior. No nos bastaba la recuperación de una situación anterior; era necesario mucho más: atacar en su entraña este gravísimo problema, que paraliza y condiciona nuestra vida económica futura."

¿Cuál ha sido nuestra posición doctrinal de siempre ante las cuestiones de "economía abierta o cerrada", de autarquía o de intercambio? Está contenido también y reiteradamente expuesto en estos postulados:

"Ningún pueblo de la tierra puede vivir normalmente de su sola economía" (1942).

"La vida económica de un pueblo no puede ser hermética y encerrarse en sus fronteras, sino que está enlazada con la vida económica de los otros pueblos" (1947).

"Los planes de industrialización de España... no persiguen el producir

lo que nosotros podamos obtener por intercambio, sino aquellos otros artículos que no tienen en nuestra balanza posible compensación" (1950).

"Nuestra meta es la libertad económica" (1951).

"En la vida moderna no bastan los mercados interiores, sino que hay que competir con los exteriores, y esto sólo se logra con la calidad y la formalidad comercial, bajo el estímulo y la vigilancia de un Estado atento al servicio de nuestros intereses y los de la nación" (1954).

De todo ello se desprende con claridad meridiana cuál era nuestra respuesta, teniendo en cuenta la base real de la que arrancábamos, y que hemos concretado en términos como éstos o similares:

"Hay quienes no quieren darse cuenta de que vivimos tiempos de excepción. No se quieren apercebir de las condiciones en que la nación se encuentra y de las obligaciones que esta situación impone, porque no sólo hay que atender a las necesidades corrientes derivadas de abandonos seculares, sino a transformar al tiempo su economía en próspera."

"El que en esta situación el Estado se vea obligado a intervenir en muchas cosas no caracteriza el que nuestra política pueda ser intervencionista; antes al contrario, perseguimos con ahinco el llegar en el menor tiempo posible a una situación de nuestra economía que nos permita una libertad comercial y que puedan volver a ser las aduanas las que regulen automáticamente nuestro comercio." Esto decíamos en 1956.

Este es justamente el trance en que nos encontramos y el parte de la situación es fundamentalmente satisfactorio. Las últimas secuencias del proceso estabilizador se llevaron a término también exactamente cuando eran más convenientes y viables, siguiendo las líneas maestras de nuestra política económica establecidas desde los primeros momentos.

Hoy, la última curva de la estabilización ha sido superada. La peseta es hoy moneda fuerte, nuestra balanza de pagos arroja un saldo favorable, los precios en el interior no se han desfasado, el abastecimiento se caracteriza por la abundancia y un progreso en las calidades, las industrias básicas y manufactureras se aprestan a la competencia en el exterior y el comercio interior adquiere de nuevo la necesaria fluidez.

En el plan general de desarrollo y lógicamente en la ordenación de inversiones debe ocupar un primer plano una nueva ordenación agraria, una reforma a fondo de las estructuras del campo. Si la obra realizada hasta aquí en el sector agrario y en el montaje de los instrumentos de que hoy disponemos bastaría para justificar con creces el signo de autenticidad y eficacia de los procedimientos, los planeamientos y la acción del Movimiento Nacional, la que ahora hemos de emprender en el aspecto jurídico, técnico y económico-

social volverá a poner de manifiesto la sinceridad, la profundidad y el insobornable sentido de justicia que caracteriza a nuestra Revolución Nacional.

Cuatro son las exigencias principales a que ha de corresponder nuestra política agraria: la primera, el lograr con una intensificación del cultivo y buen cuidado de la tierra un mayor rendimiento en la producción nacional; segunda, asegurar a los obreros y jornaleros del campo empleo durante todo el año y la mayor estabilidad posible en su trabajo; tercera, el lograr que cada familia campesina disfrute un patrimonio agrícola suficiente para su amplio sostenimiento, y cuarta, facilitar el acceso a la propiedad del patrimonio agrícola a los labradores capacitados y que en lo sucesivo se capaciten para regir un predio.

Nos encontramos en los umbrales de una etapa de expansión económica cuyas finalidades se presentan claras; crear todos los puestos de trabajo necesarios para absorber los excedentes de la mano de obra campesina constituidos por ese coeficiente perenne de paro encubierto y el natural incremento demográfico; fomentar al máximo todas las inversiones productivas y conseguir, sobre la base de una redistribución justa de la renta, un nivel de vida para el pueblo español análogo al que disfrutaban los países más adelantados.

En la consecución de todas estas finalidades les corresponde jugar un papel importante a los empresarios y a los trabajadores, no sólo en cuanto ellos encarnan la potencia productiva del país, sino también en cuanto deben mantener diálogo con la Administración a través de la Organización Sindical para orientar esas mismas directrices del desarrollo económico.

Si todo movimiento, como cualquier organismo vivo, ha de renovarse y luchar contra el anquilosamiento, por la misma ley ningún movimiento político puede detenerse si quiere continuar sirviendo al país en su marcha ininterrumpida. Si en muchos e importantes aspectos el bien nacional es superar problemas que requerían en su primer tratamiento una presencia más inmediata del Estado, hoy, y justamente por la experiencia, madurez y solvencia de gran parte de nuestras instituciones sociales, pueden y deben estas instituciones asumir responsabilidades y funciones más amplias. Así sucede con la Organización Sindical, instrumento de armonía entre las clases, cauce y participación de los elementos productores en las tareas públicas y uno de los más eficaces medios de promoción del desarrollo económico-social.

A la Organización Sindical, en relación con los espacios estratégicos y perspectivas a que nos hemos referido, han de irseles reconociendo un mayor campo de actividades, como exige su naturaleza, su mayoría de edad y el puesto destacadísimo que ocupa entre nuestras estructuras orgánicas, seguro de que cumplirá su cometido sin menoscabo de la lealtad y disciplina con que

viene ajustándose a sus insustituibles líneas consecutivas. Ello permitirá, a su vez, que los órganos del Estado puedan dedicarse más intensamente a otras nuevas tareas y a las que son sus funciones privativas e intransferibles.

El hecho trascendente de los movimientos de integración económica europea son tenidos en cuenta para nuestro desarrollo. Sin embargo, la integración de la economía española en una estructura internacional es meditada, sin apresuramientos imprudentes y sin peligrosas improvisaciones. En todo el desarrollo nacional ha venido teniéndose en cuenta la necesidad de estar preparados para una acción competitiva en los mercados internacionales, y ya lo viene acusando el volumen de nuestros intercambios. Sin embargo, las estructuras de integración económica europea tienen un fondo político que no conviene olvidar. España debe marchar al ritmo de Europa, debe vivir en fase con los progresos económicos y sociales del mundo; pero tiene también que conservar, sin intromisiones ni condicionamientos, su estabilidad política y su independencia nacional. Por ello cualquier posibilidad de integración ha de analizarse teniendo presente que la economía española no padezca perjuicio en ninguno de sus sectores básicos y salvaguardando siempre la continuidad de las instituciones políticas a las que España debe su nivel de vida actual, su creciente crédito exterior y su firme posición internacional.

Pero antes de terminar, permitidme algunas consideraciones en relación con lo que viene ocurriendo y con lo que puede suceder en el mundo.

En mi comunicación a las Cortes Españolas, al inaugurarse la nueva legislatura, puntualizaba algunos extremos de nuestra posición, en cuanto a una serie de problemas y a los graves errores y equívocos que han enrarecido el horizonte hasta extremos y peligros cuya consecuencia lógica, si no se rectifica urgentemente, pudiera ser humanamente inevitable.

No será el bloque controlado por Rusia del que parta espontáneamente un cambio sustantivo y sincero de su política imperialista. Sus técnicas y procedimientos clásicos, acentuados en los últimos meses, le han supuesto siempre ventajas y posiciones que, si consiguiera ampliarlas, podrían inclinar la balanza a su favor decisivamente, sin necesidad de verse envuelta en un conflicto bélico. La rectificación ha de producirse, y antes que sea tarde, en el bloque occidental, particularmente en los países que por su potencialidad tienen la mano sobre el timón. En el turbio juego de los compromisos, de las cesiones, del apaciguamiento y la resistencia, la U. R. S. S. devengará siempre beneficios tangibles, como lo demuestra una ya muy larga experiencia, mientras los pueblos rectores de Occidente pueden seguir deteriorando su prestigio en sus zonas de influencia.

Occidente dispone de recursos materiales y morales para ser el más fuerte. Es una necesidad que estas posibilidades se conviertan en un hecho efectivo traducido al área militar. Pero la clave no estriba en esa superioridad militar. No nos cansaremos de repetir que la batalla planteada por el comunismo es ideológico-política y que es en ese terreno donde hay que ganarla.

Si para todo es imprescindible la unidad, aquí lo es en sumo grado. Esta unidad jamás podrá ser eficiente ni sólida si la acción de Occidente sigue respondiendo a un neutro pragmatismo coyuntural si sigue viviendo en la más absoluta indigencia doctrinal, pues la parte contraria dispone de un pensamiento, de una concepción y de una ideología muy elaborada. Indudablemente son falsos muchos de los principios de esa concepción; pero en su desarrollo se procede con una dialéctica férrea, que es la que da a su política una base, aunque en la acomodación práctica a las circunstancias cambiantes procedan con el más desvergonzado cinismo, permitiéndose el empleo de las actitudes más antitéticas sobre casos y problemas idénticos. Pero hay que tener en cuenta que estas mismas contradicciones se esfuerzan por justificarlas dentro de su propio sistema doctrinal, ya que para ellos la licitud y la moralidad vienen determinadas por lo que en cada instante es útil o necesario al partido, es decir, a los intereses de la patria soviética.

En los pueblos occidentales ocurre exactamente lo contrario. Se reacciona al compás y sólo al compás de la urgencia, sin objetivos finales estables y claros. Lo que fué defendido o ganado en largo tiempo, se cede luego precipitadamente. Se vive al día, sin las elementales previsiones, escogiendo entre la paz y la guerra, la claudicación o la paz deshonrosa, con lo que tampoco se evita la guerra. Sobre estos supuestos, el enemigo avanzará siempre y Occidente continuará sin percatarse batiéndose en retirada antes de haber luchado.

No es necesario repetir ante este Consejo Nacional cómo se han cumplido nuestras previsiones y cómo las ordenadas de nuestra política internacional no necesitaron ser revisadas. Baste señalar que la línea eje de las mismas, representada por el Bloque Ibérico y Acuerdos con Norteamérica constituye hoy una de las garantías más sólidas para la defensa de Europa y el punto de apoyo y de enlace con los países del Occidente.

Como en tantas otras cosas también en ésta somos no deudores, sino acreedores. A la ciega hostilidad de que hemos sido objeto, respondimos y continuaremos respondiendo con la fidelidad más limpia a la causa de la civilización de la que somos hijos y de la que fuimos protagonistas en trances que para este viejo y nobilísimo mundo cristiano y libre pudieron significar el olvido de su origen y la deserción ante sus destinos.

Y volviendo, para terminar, a nuestras preocupaciones íntimas, ya sé que el volumen y calidad de las adhesiones nacionales a mi persona cifran a veces su inquietud en que están en mi representadas las realidades de orden y de actividad que han sido patrimonio de estos años y obra de muchos meritorios colaboradores. Pero esto no puede rebasar otra esfera que la de los sentimientos, puesto que tenemos una Constitución abierta mediante nuestras Leyes Fundamentales, que configura de manera robusta un régimen independiente de los aciertos de sus gobernantes. Por azares de nuestra profunda crisis histórica y de los deberes que nos impusimos en la Victoria, cargamos sobre nuestras espaldas las responsabilidades de la nación, y en este mismo lugar continuaré; pero al ampliarse nuestro Movimiento tuvo la preocupación no solamente de distribuir el poder como resulta lógico en un Estado de Derecho entre las instituciones y los organismos, sino de que se fortalecieran éstos y se promulgaran unas leyes que resistieran con su premonición y flexibilidad al tiempo, ya que nuestra tarea es de muchos años, al propio tiempo que siempre el orden político debe contar con una continuidad sin limitaciones.

El caso es que nuestra doctrina es lúcida y actual, la eficacia de nuestros organismos indudable y el mecanismo sucesorio no tiene ninguna complejidad en su trámite. Todo lo que convenga hacer en los próximos años para completar y afianzar en lo que es humano nuestro ordenamiento constituyente será realizado para que España siga por este camino unida y en paz.

En esta ciudad de Burgos recibí hace veinticinco años los poderes entregados por una Junta de Defensa, que había iniciado la liberación de España de la conspiración comunista internacional, y al tiempo que me elevaban sobre el pavés nuestros guerreros, las fuerzas políticas que integraban el Movimiento, a través de los comisarios carlistas y el Consejo Nacional, respaldaban unánimemente aquel acontecimiento.

Mis palabras, en estos momentos, son de gratitud a los españoles beneméritos, que en todas las actividades de la nación han constituido los cuadros dirigentes en este largo recorrido fundacional de nuestro Régimen y de aliento para las nuevas generaciones, que se nos incorporan a las vocaciones políticas y al mundo intelectual y del trabajo. Y a vosotros y a los que os antecedieron en este Consejo, mi agradecimiento por vuestra eficacia y lealtad, así como a los Consejos Provinciales y Locales rectores de nuestro Movimiento, y mi absoluta confianza hacia ese pueblo español, que en un mundo agitado como en ningún otro momento constituye una reserva de espiritualidad, de patriotismo y de servicio a los nobles objetivos de la paz. ¡Arriba España!